

cuados los puertos de Tampico, Mazatlán y Acapulco, no quedaban más que los exiguos productos de Sisal y Campeche, lo cual demostraba que era imposible que se sostuviera la administración pública con la Convención fechada el 30 de Julio, y no se comprende que el nuevo Ministerio aceptara una situación hacendaria que le era imposible dominar, lo mismo que Maximiliano, quien debía preguntarse con qué recursos contaba para hacer frente á las crecientes dificultades que surgían, ya de la situación nuevamente creada en México, ya de la necesidad que tenía la Francia de cubrir con el dinero mexicano los compromisos en que había salido fiadora.

El 20 de Octubre al anunciar Maximiliano que se alejaba de la capital, añadió que ya expedía las órdenes para verificar su marcha esa misma noche. En esa carta á Bazaine le dió las gracias, así como á la Mariscala, por las frases de consuelo y pésame que le acababan de enviar, le decía que los médicos le habían ordenado, tanto para los últimos golpes que recibiera su corazón, cuanto para combatir las calenturas intermitentes que desde hacía tiempo minaban su salud, la permanencia momentanea en un clima más suave. También quería llegar á Orizaba, para recibir el correo extraordinario que se le había anunciado de Miramar, por cuyas noticias sentía una ansiedad fácil de comprender. Confiado en el tacto de Bazaine, le dejaba el sostenimiento de la tranquilidad pública en la capital y demás puntos importantes que ocupaban las tropas francesas, contando en aquellas circunstancias dolorosas y difíciles, con la lealtad y amistad que Bazaine le había atestiguado. Le enviaba el itinerario que iba á seguir, con la escolta de los tres escuadrones de húsares austriacos y los gendarmes disponibles. El consejero del Estado Herzfeld le daría al Mariscal los demás detalles que quisiera.

Horas antes de tomar el coche para salir de México, nombró Maximiliano al Sr. Antonio Morán comisario imperial, para que concurren á las sesiones de los prelados mexicanos, ya reunidos en la capital con objeto de tratar el asunto del Concordato, y le recomendó que desde luego comenzaran las conferencias.

¿Qué va á ser de nosotros? tal era la pregunta que se hacían los imperialistas, al saber que se retiraban los franceses. Sin embargo, se esperaba aún mucho de la misión de la Emperatriz Carlota, se leía y comentaba el tratado de Miramar, se recordaban las continuas y públicas declaraciones lanzadas en la tribuna francesa, y se argumentaba con el renombre que de generosa y leal había adquirido la política francesa. Pero todas estas consideraciones se nulificaban ante la realidad; en el mes de Noviembre no había ya duda, el 16 se anunció que la Francia retrocedía ante la imposibilidad de sostener por más tiempo una causa definitivamente juzgada y perdida. Entonces la pregunta general fué: ¿qué harían los comprometidos con la Intervención, cuando los expedicionarios se marcharan? todos se mostraban atemorizados, muchos se sentían culpables, y ya pronunciaban con terror los nombres de los jefes republicanos que iban á ser los dueños de la situación.

Antes de dejar el cetro, aún tentó Maximiliano á la fortuna, de la que sola-

mente esperaba un auxilio tan necesario para su ambición herida de muerte, así como lo estaban su orgullo y su corazón. Escribió á Bazaine con fecha 31 de Octubre, informándole que en las circunstancias difíciles en que se encontraba, si las negociaciones que había entablado no le conducían á un feliz resultado, se vería obligado á devolver los poderes que la Nación le había confiado; "pero debo ante todo, fijar la suerte de los cuerpos voluntarios austriacos y belgas, garantizandoles el perfecto cumplimiento de las condiciones estipuladas con ellos;" para esto comisionó al coronel Kodolich, en quien tenía entera confianza, nombrándole comandante del cuerpo de voluntarios austriacos y le revistió con poderes para arreglar este asunto con Bazaine, á quien Maximiliano confiaba la suerte de aquellos batallones que tanto le interesaban.

Abrumado Maximiliano en Orizaba con la pena que le causaban los padecimientos de la persona que le era tan querida; instado por los franceses para dejar el país, y al mismo tiempo por los mexicanos que le rodeaban, para que no abandonase el gobierno, fluctuaba entre los extremos, sin resolverse á tomar partido ninguno; dejaba pasar aquellos momentos tan preciosos para prepararse á la guerra si había de permanecer en México, ó para dejar sistemada la nueva administración, si por fin decidía abdicar los poderes que ya no podía ejercer por falta de energía. La presión en que luchaba su ánimo y el húmedo clima de Orizaba, influyendo sobre su parte física, recrudecieron las calenturas intermitentes que ya le agobiaban. Tantos males físicos, tantas amarguras morales, le condujeron á una postración que apenas le permitía ocuparse de los negocios. Pasaba los días dentro de su alcoba, ligeramente vestido y en la más absoluta soledad; solía algunas veces dedicar cortos ratos á conversar sobre Historia nacional con un sabio amigo suyo que le acompañaba, y concedía pocos minutos á hablar de los asuntos públicos con su Secretario particular el Presbítero D. Agustín Fischer.

Muchos de los rumores que circulaban resonaron en los oídos de Maximiliano, quien había sabido por varios conductos fidedignos la verdad de lo que se propalaba, y estos dices agravaron los cuidados que le aquejaban por la suerte de la Emperatriz, impulsándole á dejar la capital para retirarse á un punto solitario, en donde pudiera entregarse todo entero á su dolor, y tomar una resolución libre de la influencia del ejército francés, designio que ejecutó el 21 de Octubre, al nacer la aurora, deteniendo su marcha cerca de Ayotla, al saber que tal vez Castelnau pernóctaría en Puebla aquel día.

Seis días había tardado Maximiliano en llegar á Orizaba, en tanto que Castelnau llegaba á la capital el 22 de Octubre á la una de la tarde. Dejaba Maximiliano el gobierno de la capital en manos de sus Ministros; pero *L'Estafette*, periódico que continuaba siendo el órgano de la política francesa, al anunciar esta retirada, le dió el colorido de una abdicación y aseguró que el Mariscal había quedado investido con el carácter de Lugarteniente del Imperio. *La Patria*, periódico oficial mexicano, desmintió tal especie, y el gobierno hizo un apercibimiento al

diario francés por la falsa noticia que había dado; en seguida se levantó este percibimiento y la ciudad entró en alarma espantosa que muy pronto se comunicó á todos los demás puntos del Imperio, dando lugar á noticias inventadas, á comentarios exagerados y á mil suposiciones que en medio de su falta de exactitud, festinaban el desenlace de los acontecimientos, y hacían imposible una solución ordenada y pacífica del gran problema que Maximiliano tenía que decidir.

Interesábase Maximiliano en aquellos momentos, en no salir del territorio mexicano sino después que el ejército francés se hubiese alejado; su secretario M. Eloin así se lo aconsejaba en sus cartas, como el único medio para volver á Europa con algún resto de prestigio, impulsándole á que tuviera la entereza suficiente para resistir á las prescripciones de Napoleón, quien tanto le había ofendido con las humillaciones sin cuento que le había ocasionado, desde hacerle cambiar el título de Archiduque de Austria por el de un manequí que se presta con docilidad y candor á todas las instigaciones, hasta ceder por la convención de 30 de Julio todas las rentas de México, para que al fin viniera Napoleón resolviendo en el periódico oficial, que los militares franceses no podían obtener su permiso para ser ministros del Emperador Maximiliano.

Pasó rápidamente la época bonancible del Imperio presidido por Maximiliano; éste reconoció el error que había cometido y llamó al fin á su lado á sus verdaderos partidarios, para que le ayudaran á salir de la difícil y peligrosa situación en que estaba colocado, en los momentos en que los franceses se concentraban y los republicanos ocupaban sucesivamente y casi sin esfuerzo, los más importantes lugares del país abandonados por el cuerpo expedicionario, ó por las pequeñas guarniciones imperiales mexicanas.

El vasto movimiento de retirada que ejecutaba el ejército francés, dejaba á descubierto los Estados fronterizos de Tamaulipas, Nuevo León, Coahuila, Sinaloa y Sonora; escapábanse del dominio de Maximiliano aquellas vastas soledades que había deseado conservar bajo su mando, y las tropas francesas apenas dejaban señaladas las huellas de sus pasos en terrenos que les era imposible conservar. El movimiento concéntrico se precipitó, al saberse que los partidarios de Juárez estaban á punto de obtener un empréstito de cincuenta millones en los Estados Unidos, con hipoteca de la Baja California. Se decía, como cosa segura, que González Ortega iba á entrar por Piedras Negras con diez mil filibusteros que conducían cien mil fusiles, cuarenta cañones y considerable cantidad de municiones, y que se dirigiría á Zacatecas, proyectos que le fueron revelados á Maximiliano por el prefecto de esa ciudad. El jefe Cortina se preparaba á atacar á Monterey y al Saltillo, y el general Negrete había prometido desembarcar en Tamaulipas y ocupar la Huasteca, en tanto que Corona marcharía sobre el Interior. Como comprobante de la existencia de ese plan, informó el cónsul imperial en San Francisco, que el general Müller, administrador de la aduana, acababa de autorizar el tránsito de armas y municiones que los agentes de Juárez enviaban á los republicanos de México, y que el general Vega engan-

chaba un gran número de soldados americanos que marcharían en pequeñas partidas sobre Sonora.

Al retirarse los franceses el Imperio creía contar aún con suficientes tropas. Según informes de Bazaine, en carta dirigida al Ministro Lares el 6 de Octubre, (1866) el ejército imperial se componía en aquella época de veintidos batallones de infantería, comprendiendo los cazadores, diez regimientos de caballería, cuatro compañías de gendarmes y la artillería é ingenieros correspondientes, formando un efectivo de 17,254 hombres. Añadiendo á esta cifra los 6,811 que componían la legión austro-belga, y los auxiliares que aún quedaban, se llegaba á la cifra de 28,000 hombres. El servicio de artillería é ingenieros había pasado desde el año anterior á cargo de oficiales mexicanos, nombrados por el Ministro de la Guerra. En Puebla había una fábrica de pólvora y cápsulas, establecida por el Estado Mayor austriaco y talleres para obras en fierro, madera y cuero, dependientes del Ministerio de la Guerra y que podían proveer á las necesidades del ejército nacional. En el espacio de tres años, había distribuido el ejército francés 46,000 fusiles entre el mexicano y las poblaciones. Los batallones de cazadores seguían formándose con reclutas de los pueblos y haciendas, teniendo en cuenta el número de peones que cada una contaba.

El 27 de Octubre salían de Puebla tres cuerpos del ejército francés, en los momentos en que los restos de la fuerza de Triujeque, derrotada en la Carbonera, entraban á esa misma ciudad, donde toda la caballería, incluso la procedente de Oaxaca, se preparaba para salir rumbo á Acatzingo, á las órdenes del comandante Flores.

El Mariscal Bazaine se dirigía de México á Puebla el 2 de Octubre, para continuar los preparativos de la retirada.

El mando de las tropas en la división territorial que tenía por centro á Puebla, fué entregado por el Barón Neigre al general Aymard, con arreglo á las órdenes del Mariscal Bazaine. Este se había establecido desde el 4 de Octubre en el molino de Santo Domingo, una legua distante de Puebla, y regresó á México el día 10 del mismo mes. A Orizaba llegaba el general Courtois d' Urbal, en marcha para embarcarse en Veracruz con dirección á Francia. (1)

(1) El cuerpo expedicionario francés en México se componía entonces de dos Divisiones de infantería y una brigada de caballería. Las fuerzas de infantería constaban del 7.º y 18.º batallones de cazadores; los regimientos 7.º, 51, 62, 81 y 95; cuatro regimientos de zuavos; 2.º y 3.º del primer regimiento y 1.º y 3.º del segundo; el 2.º batallón de infantería ligera de Africa; un regimiento extranjero con ocho batallones. Estas veinticinco agrupaciones reunían aproximadamente veinte mil hombres. La brigada de caballería estaba compuesta de cuatro escuadrones del 12.º de cazadores; dos escuadrones del 5.º de húsares; tres del 1.º de cazadores de Africa, dos del 2.º y otros tantos del 3.º, constituyendo los 13 escuadrones 1,500 ginetes. La artillería constaba de la 8.ª batería del primer regimiento y de las primeras baterías de los regimientos 4.º, 5.º, 6.º, 7.º, 9.º y 11.º con 1,600 artilleros y 42 piezas y una sección de pontoneros. La 13.ª compañía del regimiento 3.º de ingenieros estaba compuesta de 120 hombres. Agregando á estos 24,000 hombres los esta-

Muchos imperialistas, comprendiendo que todo estaba perdido, únicamente conservaban esperanzas en el advenimiento de lo inesperado, aunque veían que las tropas francesas verificaban su retirada con precipitación y que los austriacos sufrían reveses considerables, resaltando el verificado en la Carbonera el 18 de Octubre, ese gran descalabro sufrido por mil quinientos imperiales, que iban en auxilio del general Oronoz sitiado en Oaxaca y hostilizado por el general Porfirio Díaz. Aquel desastre sufrido por los austriacos fué completo, sufriendo grandes pérdidas en hombres y en el material de guerra. A tan mala situación se agregaba la complicación dimanada del próximo cumplimiento de la Convención de 30 de Julio, que concedía á los comisarios franceses más de la mitad de los rendimientos diarios de la aduana de Veracruz, y esto precisamente en los momentos en que todos los recursos se le agotaban á Maximiliano, según se lo comunicaba á Bazaine con fecha 26 de Octubre, al excitarle M. Danó para que diera cumplimiento á lo pactado.

Confundíanse por esos días las rogaciones que se hacían por la salud de la Emperatriz, con el estruendo de los fusilamientos aterradores que en Tlalpam llevaba á efecto el general O' Horan, contra quien levantaron actas los ayuntamientos del Distrito, hasta entonces tan sumisos y retraídos. O' Horan oyó los plácemes que dictaba el miedo ó la prudencia, y en sus contestaciones afirmaba que el cáncer se estirpa solamente con el hierro y con el fuego, y que era necesario arrancar de la sociedad las semillas nocivas que de otro modo acabarían con ella.

En esos días insistía *L' Estafette* en que era necesario resolver la cuestión entre la República y el Imperio por el voto popular, aunque creía inútil una nueva elección que, por otra parte, sería imposible verificar en el estado de revolución que envolvía á todo el territorio mexicano.

Era el Estado de Oaxaca en aquellos momentos, el punto céntrico de las miradas del gobierno imperial. El jefe de las fuerzas juaristas en Juchitán, coronel Crisóforo Canseco, había sido intimado el 3 de Septiembre (1866) por el visitador Franco, en su calidad de jefe de las fuerzas imperiales que expedicionaban sobre Juchitán y Chiapas, para que se rindieran, y saliendo de Tehuantepec el día 4, pernoctó en Ixtaltepec y atacó á Juchitán en la mañana del siguiente día. La guarnición juarista compuesta de cuatrocientos hombres con una pieza de artillería, fué organizada para resistir el ataque de mil trescientos imperialistas de infantería y caballería, con dos piezas de montaña, incluyendo la contraguerrilla del 81 de línea. Generalizado el fuego, fueron cediendo los defensores de Juchitán, cuyos disparos no correspondían al nutrido fuego de sus contrarios, armados en su mayor parte con rifles de superior alcance, y se vieron obligados á abandonar sus piezas de artillería; pero rehechos los juaristas, tuvieron los imperiales que retirarse para Tehuantepec con grandes pérdidas.

dos mayores y servicios administrativos, subía á 27,000 hombres el efectivo del cuerpo expedicionario; además debía incluirse la fuerza híbrida del coronel Dupin.



*D. Carlos Thiele.*

Derrotada en el punto llamado la Carbonera, perteneciente al Estado de Oaxaca, el 18 de Octubre de 1866, una columna de austriacos que del Estado de Puebla iba á dar auxilio á Oaxaca, vióse obligado á capitular el jefe de esta plaza, General D. Carlos Oronoz. Para arreglar los términos de la capitulación comisionó el General Díaz á su secretario D. Carlos Thiele, quien desempeñó su encargo unido á otras cuatro personas, designadas también por el General en jefe del ejército de Oriente.